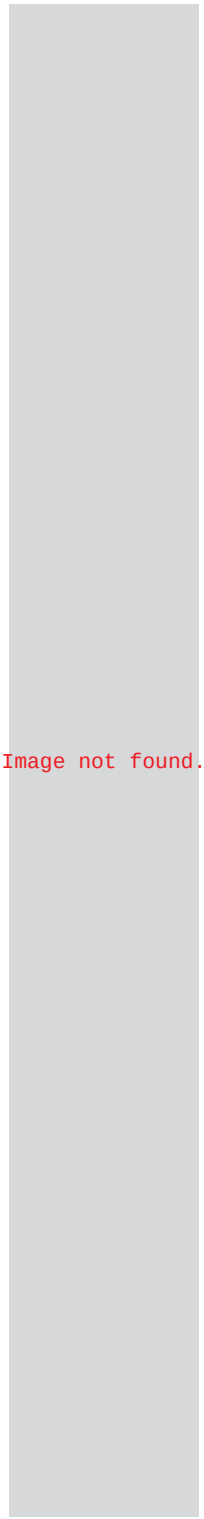
De tal palo

Alberto Alfonsin Garcia



Capítulo 1

Carla miró sorprendida el coche que se encontraba a su lado. Las seis y media de la mañana era siempre una hora extraña para ella, a pesar de que tenía el mismo horario de trabajo desde hacía más de dos décadas. A esa hora siempre se encontraba conduciendo hacia la oficina por calles silenciosas, pero aún no estaba del todo espabilada. Cómo a ella le gustaba decir, se levantaba a las cinco pero no se despertaba hasta el segundo café, a las ocho. En aquella somnolienta nebulosa, lo primero que pensó fue que estaba soñando, que aún se encontraba en la cama. Pero fue un pensamiento reflejo más que una idea que ella llegara a creer. Notaba la humedad de la madrugada en sus huesos. Eso es algo que no se siente en un sueño.

Miró de nuevo el vehículo situado junto al suyo, ambos detenidos frente a un semáforo en rojo. El conductor llevaba una máscara de toro, una muy realista. Los largos cuernos rozaban contra el techo, el hocico era negro y el pelaje marrón y apelmazado. El conductor giró la cabeza y le devolvió la mirada. Sus ojos eran rojos y nubes de denso vapor manaban de los ollares.

Un pensamiento, una descarga eléctrica, cruzó la mente de Carla, borrando cualquier rastro de sueño y erizando su nuca y antebrazos. No era una máscara. El hombre-toro alzó la cabeza, los cuernos rascaron la tela interior del coche, y bramó. El cerebro de Carla se colapsó y su sistema simpático tomó el control, activando todo el organismo con un único objetivo, escapar. Pisó el pedal derecho con todas sus fuerzas, acelerando al máximo, pero el otro vehículo fue más rápido y la golpeó de costado. Carla chocó contra un muro que delimitaba un solar abandonado y quedó aturdida. El hombre-toro se apeó de su coche, un Seat Ibiza negro matrícula 0666-TNT, y se aproximó al accidente. Caminaba sobre dos patas y no llevaba zapatos. Las pezuñas marcaban el ritmo de los pasos contra el asfalto. No había nadie más a la vista. Llegó hasta el automóvil siniestrado y miró a través de la ventana rota del copiloto.

Te conozco.

Yo no sé quién eres tú.

Soy uno de los guardianes de las puertas del infierno.

El guardián de la puerta del infierno es un perro.

Una parte de la conciencia de Carla se daba cuenta de lo absurdo de aquella conversación, pero la mayor parte de ella aún estaba demasiado mareada y en estado de shock. Sumida en una neblina que velaba su conciencia, se fijó consternada que se había hecho una carrera en una de

las medias. La falda se le había subido hasta medio muslo, intentó colocarla bien pero no pudo. Iba a llegar tarde a la junta. No empezarían sin ella, no iban a comenzar sin la jefa.

Hay muchas puertas para llegar al infierno.- La comisura izquierda del astado se elevó levemente y sus ojos brillaron.- Tú hallaste la tuya hace veinticinco años. Aquella noche fuiste a un bar y allí conociste a un hombre. Hablasteis y bebisteis toda la noche y él te preguntó cuál era tu mayor sueño. ¿Qué respondiste?

Ella no quería contestar, pero era incapaz de luchar contra el poder que emanaba de aquella bestia. Su voz retumbaba dentro de su cerebro con cada palabra. Su mirada absorbía su capacidad de resistencia, empujándola a hablar.

Quería ser diseñadora de moda, una diseñadora famosa y rica.

El hombre-toro asintió.

Después de varios tequilas, él quiso saber el precio que estabas dispuesta a pagar por lograrlo. Cualquiera, dijiste sin dudar un momento. ¿Incluso una vida? ¿La vida de un ser querido? Incluso eso, daría hasta la vida de mi madre. Esas fueron tus palabras exactas.

Carla lloraba, de impotencia, de dolor y de vergüenza. Quería decir que era muy joven en aquella época. Argumentar que estaba muy borracha. Decir a su favor que aquella noche salió sola a emborracharse por culpa de una bronca terrible, otra más, que había tenido con su madre. Que su madre era una mujer fría y autoritaria. Ninguna palabra salió de su boca.

Conseguiste tu sueño, ¿no es cierto? Eres una de las diseñadoras más importantes del mundo, y una de las treinta personas más ricas.

El olor a cuadra y estiércol impregnaba todo el habitáculo del coche. Moscas grandes y oscuras como ciruelas maduras revoloteaban perezosas. Briznas de pelo se introducían en la nariz de Carla, secando su garganta aún más de lo que ya estaba. Recordaba a aquel hombre atractivo de mediana edad y una voz que te envolvía, te hacía sentir el centro del universo. Al hablar te dejaba una sensación agradable e intensa en el paladar, como el buen whisky. Le había preguntado que le gustaría beber, ella contestó que aquella noche le apetecía tequila. Vamos a ver de cuantas formas podemos tomarlo, dijo aquel hombre sonriendo pícaramente. Habían tomado chupitos, margaritas, tequila sunrise y más cocteles coloridos de los que desconocía su nombre. Todas las mañanas desde aquel encuentro, se despertaba notando la sal en los labios. El regusto acido de limón le susurraba que había sido real. Sabía cómo

continuaba la historia y no quería oírlo.

Tu madre falleció el día después de aquel encuentro, mientras tú dormías la resaca, en un accidente de tráfico. Eso ya lo sabías. Lo que desconocías es que no murió en el acto. Su cuerpo quedó atrapado entre la chatarra durante horas. Sufrió mucho. Recibió la muerte con alivio, por fin el cese de toda aquella agonía y sufrimiento. Hasta que su alma despertó en el infierno y supo que era por tu culpa. Allí lleva desde entonces, y a ti te dio igual.

Ni siquiera tuvo la intención de rebatir esa acusación. Era cierto, no le importó demasiado. Cuando se enteró, se sintió culpable, no triste. Pensó que la podrían encerrar por asesinato. Después fue consciente de que eso era imposible. Su siguiente pensamiento fue que obtendría lo que deseaba.

¿Qué quieres de mí? Hicimos un trato. Yo tuve éxito y vosotros lo que queríais. Estamos en paz

Tienes un curioso concepto de la paz.- El hombre-toro emitió una serie de ruidos graves y breves, una risa quizás.- Pero tienes razón, ambas partes obtuvimos una vida, esa transacción se cerró. Aunque puede que tu madre tenga algo que objetar, si pudiera. ¿Nunca has pensado en ella en estos años?

La verdad es que no pensaba en su madre prácticamente desde que la enterraron. Durante un tiempo la gente aún continuó preguntándole como estaba. Ella contestaba mecánicamente. Mejor, gracias, tirando. Pero era como responder a los buenos días o las preguntas sobre el tiempo en un ascensor. Entró a trabajar en la agencia que ahora dirigía una semana después de aquello. Pensaba en aquel hombre al acostarse, y sentía el sabor de las bebidas que sellaron el pacto, pero ni un recuerdo había gastado en su madre. Fue su moneda de cambio. Durante un tiempo temió que aquel hombre regresase a exigirle algún otro pago, algo que quizás si le importaría perder. Tenía un mundo increíble por descubrir, no tenía tiempo para pensar en el pasado. Como si aquel animal antropomórfico tuviera la capacidad de leerle el pensamiento, dijo

Bueno, no continuemos viviendo en el pasado. Aunque siempre es agradable dedicarle tiempo a la nostalgia y recordar, el tiempo es oro. Centrémonos en el motivo de mi visita. He venido a informarte de que ha habido una novedad contractual entre usted, Carla Herrera, y nosotros.

Al oírlo hablar como un abogado, Carla reparó en que iba vestido con un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata morada. Con cierto retraso, el significado de la frase llegó hasta ella.

¿Una novedad contractual? ¿Qué quiere decir?

No pensarás que sólo he venido para hablar de los viejos tiempos y compartir una taza de té.

El hombre-toro abrió la puerta del acompañante y se introdujo en el coche. El olor a animal y excrementos se acrecentó. Las pezuñas arañaron la alfombrilla y la cornamenta rasgó el respaldo de cuero blanco del asiento. A pesar de la situación, Carla no pudo evitar sentir cierta indignación por el daño causado a la tapicería. La imponente figura ocupó todo el espacio visual de Carla.

Soy un guardián, un recolector. He venido por tu alma.

¿Qué? ¿Por mi alma? No, eso no puede ser. Yo no he hecho ningún trato. No puedes llevarte mi alma. Tengo una vida, soy importante. Me esperan para una reunión. Estamos en paz.

¿Sabías que tu hija quiere ser cantante? Una cantante famosa. Aunque tiene mucho dinero gracias a mamá, parece que no la aprecia mucho. Anoche salió y se lo estuvo contando a un hombre en un bar. Por lo visto, su madre es fría, distante y algo tiránica. El hombre le preguntó que estaría dispuesta a dar a cambio de su sueño. ¿Sabes que contestó?

No, no, por favor, no lo hagas. Llévate otras vidas. Hay muchas personas que no aportan nada a esta sociedad. A mí no, por favor. Mi hija es muy joven, ayer nos peleamos, está confundida. No sabía lo que decía

Ya conoces el dicho, de tal palo, tal astilla.

El hombre-toro agarró a Carla por las solapas y la sacó del coche como si no pesara nada. Ella, paralizada por el pánico, observó que tenía manos con cinco dedos en sus miembros superiores. El aliento de la bestia olía a azufre y estaba caliente, era como abrir la puerta de un horno. Llevó a la diseñadora hasta su automóvil. Las calles continuaban desiertas. Abrió la puerta sin soltar el cuerpo y la acomodó en el asiento del acompañante. La tapicería era roja y en la radio sonaba Tchaikovsky. Cerró la puerta, rodeó el vehículo y se sentó en su asiento.

Espero que te guste la música clásica, es un camino largo. Seguro que tu madre se alegra de verte.- Señaló unas esposas que colgaban del asidero sobre la puerta más cercana a Carla.- Esperó no tener que usar eso. A quién quiero engañar, estoy deseando usarlas contigo.

Eran las siete menos diez de la mañana. Las calles continuaban vacías. A las ocho y media las primeras noticias sobre la trágica muerte de la famosa diseñadora comenzaron a aparecer. Tres meses después su única hija sacaba su primer álbum a la venta. Se convirtió en un éxito mundial

inmediato. En las ruedas de prensa repetía que se lo dedicaba su madre, a quien se lo debía todo. Seguro que allá donde estuviera la contemplaba con amor. Después de cinco entrevistas incluso logró derramar algunas lágrimas.